

No podemos ofrecer a nuestros lectores esta semana el habitual comentario de política internacional por encontrarse enfermo nuestro compañero Eduardo Haro Tecglen. Publicamos en estas páginas una entrevista con el primer secretario del partido socialista francés, François Mitterrand, rea-

realizada al regreso de éste de Chile. Esta entrevista viene a ser un complemento del último artículo de Haro, en el que se decía: «El partido socialista ortodoxo, dirigido por François Mitterrand, busca una forma de unidad y se inspira en el "allendismo": Mitterrand fue a Chile a estudiarlo de cerca».

CON FRANÇOIS MITTERRAND

EL EJEMPLO CHILENO

—¿En qué sentido le ha parecido ejemplar la experiencia chilena?

FRANÇOIS MITTERRAND.—Chile es el país más democrático de Sudamérica y el único en el que socialistas y comunistas gobiernan juntos. Por diversas razones. En primer lugar, Chile vive bajo un régimen representativo desde hace ya bastante tiempo (desde antes que Francia). Hay en ese país un tradicional respeto al equilibrio de poderes y un culto a la libertad. Dos golpes de Estado militares en un siglo y medio; muy poco comparado con lo que ocurre a su alrededor. El Ejército respeta a las instituciones y no interviene en la vida política. Tiene la buena costumbre de servir al Gobierno que ocupa constitucionalmente el poder.

«Segunda razón: la preocupación de legalidad del Presidente actual. No hay en Chile un solo preso político si exceptuamos a los organizadores y ejecutores del asesinato del comandante en jefe del Ejército, el general Schneider. No existe la censura. Los periódicos de la oposición se expresan libremente, con vigor y sin escatimar insinuaciones ni injurias. «Me arruinaría si pretendiese comprar todos los ejemplares de revistas o periódicos que me insultan diariamente a la puerta misma del palacio», me confesó Salvador Allende. Pero no por eso piensa secuestrarlos. «El derecho, la libertad de expresión son los que justifican mi acción», añadió el Presidente. «El Mercurio», el periódico de más tirada que hay en Chile, combate sin piedad a la Unidad Popular, a la que continuamente asimila al comunismo soviético. He conocido a algunos de sus redactores en el transcurso de ceremonias oficiales. Uno de ellos me entrevistó en una salita próxima al despacho de Allende, que éste puso amablemente



Mitterrand —a quien algunos llaman «el Allende francés»—, con el Presidente chileno.

te a nuestra disposición. El derecho de reunión se ejerce sin cortapisas. En Santiago vi menos coches de Policía que en París. En cuanto a los activistas del M.I.R. (Movimiento de la Izquierda Revolucionaria), que ocupan las tierras a pesar de la política agraria del Gobierno, si bien se los condena en los discursos ministeriales por su «irresponsabilidad», hasta ahora no han sido objeto de medidas de represión.

—¿Qué diferencia existe entre los comunistas chilenos y los franceses?

F. M.—Creo que no hay entre ambos diferencias de tipo ideológico. El partido chileno, al igual que el francés, ha sido desde hace tiempo víctima de la represión. Y como el francés, sabe cuáles son sus responsabilidades. El lenguaje, el vocabulario que utilizan son muy similares a los que estamos acostumbrados a oír aquí en Francia. Me ha parecido, sin embargo, que el partido chileno demostraba una actitud más realista con respecto a sus aliados que el partido francés y que evitaba cuidadosamente cualquier medida o declaración que pudiese perjudicar a la unión de la izquierda. Eso no impide, naturalmente, las discusiones entre aliados. Estas discusiones pueden ser tenaces, pero una vez tomada la decisión, todos la llevan a cabo con disciplina. Creo que el partido comunista francés se comportaría de modo similar en este sentido.

«Quizá los dirigentes comunistas franceses sacarían también gran provecho de un viaje a Chile.

—¿Cómo ha sido posible una coalición entre socialistas y comunistas?

F. M.—No es la primera vez que socialistas y comunistas colaboran en el Gobierno de Chile. El propio Allende fue ministro de Sanidad en el Gobierno del Frente Popular de



François Mitterrand.

Aguirre Cerda, en mil novecientos treinta y ocho. No hay que olvidar que el partido socialista es y se declara marxista, que no pertenece a la Segunda Internacional. Aunque Allende haya adoptado siempre una actitud sumamente libre y, llegado el caso, crítica para con el partido comunista, su autoridad moral y su espíritu conciliatorio le han valido el apoyo de los comunistas en sus cuatro campañas presidenciales. Pero ha sido preciso mucho tiempo para pasar de la fase del acuerdo político a la del programa común entre los dos partidos marxistas; a menudo los dos partidos han estado enfrentados entre sí, y cuando se decidió por fin elaborar el actual pacto de unidad popular —pacto que es más que un simple programa común, ya que, repito, determina la relación de fuerzas en el seno del Gobierno—, los dos socios han tenido a veces puntos de vista muy diferentes sobre el contenido, las alianzas y los hombres. El partido socialista se ha mostrado más reservado que el comunista en lo que respecta, por ejemplo, a la presencia en el seno de la coalición gubernamental de los partidos radical y socialdemócrata, porque estimaba que era arriesgado frenar el proceso revolucionario.

«Del mismo modo, el partido comunista se mostró más conciliador que el partido socialista frente a la exigencia de la democracia cristiana, tras la victoria de Allende en mil novecientos setenta, en el sentido de que se adoptase un «estatuto de garantías democráticas» que estableciera, concretamente, disposiciones liberales sobre la enseñanza católica. ¿Que cuál es la relación de fuerzas? En vísperas de la elección presidencial de mil novecientos setenta, el partido comunista representaba aproximadamente el catorce por ciento del cuerpo electoral, y el

partido socialista, el doce por ciento. Según parece, hoy en día los sufragios totalizados por los dos partidos han aumentado sensiblemente, pero, debido a la personalidad de Allende, la proporción entre ellos se ha invertido. Conviene destacar un dato muy importante: en Chile existe solamente una central sindical para todos los trabajadores. Evidentemente, la campaña política que han llevado los conservadores, enemigos de Unidad Popular, ha sido de un anticomunismo violento, feroz. Pero los seis partidos que comparten el poder —partidos socialista y comunista, dos partidos cristianos y dos partidos republicanos racionalistas, entre los que figura el partido radical— han resistido y han permanecido solidarios. El pacto de unidad tiene un signo decididamente marxista. Un amplio programa de reformas de estructuras, elaborado y aplicado escrupulosamente a lo largo del año: apropiación colectiva de los grandes medios de producción, aceleración de la reforma agraria, presencia de los trabajadores en los consejos de dirección de las empresas nacionalizadas, desarrollo de un importante sector mixto, en el cual el poder público controla los intereses privados, etcétera. Queda, no obstante, un amplio sector privado en el que se ejercen plenamente la libertad de iniciativa y la competencia. Este sector es y será respetado. Así lo ha proclamado Allende.

—¿Y la autogestión?

F. M.—El Gobierno rechaza esta idea, porque ve en ella una fuente de desigualdades entre los trabajadores y un obstáculo para el desarrollo de la economía nacional. El ejemplo más socorrido es el de las minas de cobre de Chuquibambilla, a las que se compara con las ramas pobres de la producción industrial o agrícola. Las disparidades podrían

llegar a ser considerables, y el propio Estado socialista se vería en la imposibilidad de utilizar en beneficio del interés general el instrumento número uno de su comercio exterior.

«Entiendo perfectamente estas reservas, pero opino que la autogestión puede ser realizada en unas condiciones tales que estos riesgos queden corregidos.

—¿Por cuánto tiempo podrá seguir evitando Allende el enfrentamiento violento con las fuerzas conservadoras?

F. M.—También yo me planteo esta cuestión. Ciertamente, la oposición de derechas, que habiendo sido minoritaria en la elección presidencial es mayoritaria en el parlamento, ha cedido y no invoca la violencia. Pero los grupos fascitizantes de la extrema derecha van formándose y ganando poco a poco a los sectores moderados, aterrados por el alcance de la revolución socialista. El asesinato del general Schneider dejó estupefacta a la opinión pública: era el primero del siglo. No obstante, creó una situación inédita. Tengo noticias de que habían llegado a prepararse dos atentados contra Salvador Allende. Y crece la tensión a medida que se pone en práctica el programa gubernamental, conforme van desapareciendo los monopolios y retrocede el imperialismo.

«Sé de fuente oficial que circulan por el país más de mil quinientos agentes de la CIA. Allende encarna la legalidad: hay, pues, que demostrar, cueste lo que cueste, que la está traicionando. Acaba de presentar un proyecto tendente a la fusión de la Cámara de diputados y del Senado en una sola asamblea. La derecha está hablando ya de un abuso de poder y evoca las asambleas revolucionarias de mil setecientos noventa y dos-noventa y tres

en Francia y se dispone a atacar decididamente esta reforma, propuesta, sin embargo, de acuerdo con el más estricto procedimiento constitucional. En provincias se ha llevado a cabo una campaña enloquecida contra la reforma agraria, la cual había sido, no obstante, votada bajo el mandato del anterior Presidente, el demócrata-cristiano Eduardo Frei. Lo que sucede es que éste no hizo más que iniciarla tímidamente. Han sido necesarias nuevas importaciones ante una cierta recesión de los productos alimenticios, y en seguida han hablado de hambre. En una palabra, la lucha está ya entablada.

«Hay que preguntarse por qué y cómo la alta burguesía, que sigue siendo la clase dirigente en numerosos campos de la vida económica, social y cultural, puede llegar a dejar el campo libre por simple respeto a la legalidad. Hasta ayer esa legalidad era algo que convenía perfectamente a sus intereses. Pero desde el momento en que ésta se le vuelve en contra, ¿preferirá la burguesía sus particulares intereses o la ley aplicada por otros?

«La Unidad Popular ha conquistado el Gobierno mediante el sufragio universal. Pero no por ello ha conquistado el poder. Aún tiene por delante la tarea de insertar los auténticos centros de decisión en la sociedad socialista. Queda mucho por hacer. De ahí un desfase, un espacio vacío, que la legalidad no alcanza, por sí sola, a colmar. ¿El traspaso de poder de una clase dominante a otra podrá llevarse tal vez a cabo sin necesidad de un enfrentamiento violento? Tal es el desafío que se les presenta a las formaciones políticas agrupadas en torno a Allende. Un gran desafío al que el Gobierno no podrá hacer frente más que si las masas siguen confiando en él. Sólo ellas pueden neutralizar el complot, la reacción, la operación revancha. Allende ha conseguido una síntesis entre revolución y Gobierno legalista. El partido socialista y el comunista aprueban plenamente su labor. Pero, ¿no deberán acaso estos partidos esperar una brusca ofensiva de sus adversarios?

«En todo caso, el problema ya no consiste en demostrar que la izquierda es capaz de gobernar dentro del respeto a las libertades públicas. El problema es demostrar si la derecha está dispuesta a apoyar a la democracia aun cuando ésta haya dejado de pertenecer.

—Fidel Castro estaba en Chile. Usted se entrevistó con él. Parece normal que Cuba y Chile se entiendan a pesar de sus diferencias. ¿No le parece a usted Chile, a pesar de todo, un país peligrosamente aislado?

F. M.—Allende se ha percatado, evidentemente, de este peligro, y uno de sus triunfos ha consistido en la realización de una especie de «frente común» con varios de sus vecinos andinos, en especial la Argentina. Podrá objetarse que la disparidad de los regímenes políticos de esos países restan ortodoxia a

EL EJEMPLO CHILENO

este acuerdo. La objeción no es demasiado seria. Hay entre los países en cuestión razones objetivas de entendimiento frente al coloso capitalista norteamericano. En este sentido, Allende ha hecho perfectamente el juego de la experiencia chilena. He aquí un hecho que ilustra la importancia de su posición política y moral: el chileno Herrera, candidato a la Secretaría General de la ONU, goza del apoyo de toda Latinoamérica. No me diga usted que no es notable el hecho de que los latinoamericanos cierran filas en torno al representante de un Estado socialista. Los Estados Unidos comprendieron la importancia del mismo e inmediatamente dieron a conocer su «veto». En este sentido es Nixon y no Allende quien está aislado.

—La descripción que usted ha hecho de la experiencia chilena evoca en muchos aspectos una posible experiencia de unión de la izquierda en Francia...

F. M.—Como le dije antes, la experiencia de Allende es original por cuanto asocia la empresa de la construcción socialista con la salvaguarda de la herencia democrática. Ahora bien, se ha puesto en tela de juicio muchas veces la capacidad del socialismo para realizar esta síntesis. Se acusa justamente a los regímenes comunistas de ahogar la libertad para llevar a cabo su revo-

lución. Se reprocha a los regímenes socialistas, cuya vinculación a las libertades nadie discute, su timidez a la hora de realizar reformas de estructura. El socialismo francés no necesita de ningún modelo para saber a dónde va, pero la ausencia de puntos de referencia indiscutibles dificulta a veces su tarea.

«La experiencia chilena es la primera de este tipo. Se desarrolla en un país de Occidente según los criterios marxistas y en conformidad con los valores admitidos en los países marcados por el cristianismo y la libertad de pensamiento.

«Existen por todo ello puntos de similitud con Francia. Pero es absurdo establecer una comparación. Chile es un país de menos de diez millones de habitantes con una economía poco desarrollada, una agricultura que sufre las consecuencias económicas y sociales de la existencia hasta ayer de inmensos latifundios, la reivindicación india llamada «recuperación» y una producción agrícola incapaz de satisfacer la demanda de los habitantes. A lo que hay que añadir la presencia de Estados Unidos, que controla los principales medios de producción y las riquezas naturales. No es sólo la izquierda chilena la que se opone al dominio norteamericano y trata de ponerle fin. Situación semejante no se da en Francia, al menos en los mismos términos. No obstante,

existe una preocupación en torno a la experiencia chilena en vista de la precariedad de los efectivos humanos. ¿Cuántos están preparados para asumir a cualquier nivel de responsabilidad la gestión y el control del amplio sector socializado?

—¿Considera usted que existe ya un «modelo chileno»?

F. M.—Hay que distinguir varias etapas. Es muy posible, e incluso probable que en Francia el sufragio universal dé la mayoría a la izquierda en los próximos años, ya sea en las elecciones legislativas, ya en la elección presidencial o ya en ambos casos. Así, pues, la izquierda gobernará legalmente. Pero, al igual que en Chile, no por ello controlará el poder. Comenzará entonces un primer período, al que yo calificaría de «democracia social», y en cuyos inicios deberá ser adoptado un plan de medidas a corto plazo que proporcionarán al Gobierno los instrumentos de su política y que desembocarán en reformas irreversibles para entrar en una segunda fase: la de la democracia socialista.

«Como en Chile, un examen realista de nuestro entorno político (y nuestro entorno es el Mercado Común) decidirá el ritmo y el alcance de nuestra acción. Como en Chile, las fuerzas progresivas en el Gobierno deberán asegurarse la confianza de las masas para hacer frente a los acontecimientos adver-

sos. Como en Chile, la construcción de la sociedad socialista deberá poner freno a la utopía extremista, que, por exceso de precipitación, da pie a las provocaciones de la derecha.

«Pero, ¿qué es la izquierda? Sin que sea ésta una definición exhaustiva, habremos de admitir que la alianza entre socialistas y comunistas constituye su elemento principal. Sea como fuere, se trata, para mí, de una cuestión de lógica y de honestidad: no se puede presentar a los franceses un pacto electoral sin futuro. El pacto electoral supone, pues, un pacto de mayoría y una perspectiva de gobierno. ¿En qué condiciones? Este es otro problema. El partido socialista, que lucha con la unión de la izquierda, indudablemente se inspirará a este respecto en el ejemplo chileno.

—Se le ha apodado a usted el «Allende francés»...

F. M.—Tal papel histórico, en circunstancias iguales, estaría en conformidad con mis convicciones. Pero no hay un Allende chileno más que para el pueblo chileno. Un modelo socialista francés no tendrá sentido mientras no exprese la voluntad y las necesidades del pueblo francés. Aquí radican tanto la semejanza como la diferencia. ■ **Declaraciones recogidas por MARCELLE PADOVANI.**

EL SALARIO DEL COBRE

DE LA HUELGA DE LOS MINEROS DEPENDE LA EVOLUCION DEL REGIMEN DE ALLENDE

He aquí una revolución en la que la urna sustituye al fusil, en la que los partidos socialista y comunista respetan desde hace ya un año las libertades llamadas «formales», en la que subsiste el pluralismo de partidos y en la que el Jefe del Estado rechaza la colectivización total de los medios de producción. Esta revolución está siendo seguida muy de cerca por todos los que en el mundo piensan que el socialismo puede triunfar por la vía electoral sobre la base de un pacto entre un partido comunista y un partido socialista. Pero Chile es un país subdesarrollado, sometido a la monoindustria del cobre, y son muchos los que se preguntan si el futuro de la «vía chilena del socialismo»

no depende estrechamente de una coyuntura económica que escapa al control de este Estado.

Porque el cobre es el «salario de Chile». Constituye el 85 por 100 del total de exportaciones. La cotización del cobre en los mercados de Londres o Nueva York determina casi mecánicamente los ingresos monetarios del país. Si sube la cotización, aumentan las divisas. Si baja, disminuyen. El nivel de vida de los chilenos depende, pues, directamente de las violentas oscilaciones del mercado mundial.

Desde la llegada al poder de la Unión Popular, las minas, que eran propiedad norteamericana, han sido nacionalizadas. Al mismo tiempo se ha visto parcialmente desorganizada la producción. Por un lado,

muchos técnicos que cobraban sus salarios en dólares han abandonado el país. Por otro, los obreros, al sentir —cosa, por lo demás, comprensible— que habían llegado, por fin, al poder, no se han contentado con una serie de aumentos sustanciales de sus salarios (+5 por ciento), sino que han comenzado a trabajar a un ritmo más lento y, en muchos casos, a no acudir al trabajo. Ahora, por ejemplo, acaban de lanzarse a una huelga para conseguir una prima del 50 por 100. La cotización del cobre ha descendido simultáneamente un 40 por 100 en el mercado mundial. Consecuencia: las arcas del Estado se vacían rápidamente ahora que Chile tiene más necesidad que nunca de importar.

Desde que el Gobierno ha aumentado el nivel general de salarios, los chilenos tratan de alimentarse mejor. Ahora bien, la aceleración de la reforma agraria se ha traducido hasta ahora en una disminución de las cosechas comercializadas. En primer lugar, porque algunos pequeños campesinos comen más y producen menos. En segundo lugar, porque ni sólo se han expropiado los latifundios que no estaban explotados en todas sus posibilidades, sino que también han sido ocupadas, bajo la presión de los indios mapuches apoyados por los estudiantes armados del MIR, algunas haciendas que estaban bien cuidadas. Resultado: Chile habrá de importar más alimentos en 1972. Pero sus reservas en divisas se